



Personajes célebres

DE LA HISTORIA

Don Jaime el Conquistador



Dado á las lides de amor,  
 fué héroe de conquistas mil,  
 y la Historia haciendo honor  
 á su tradición gentil  
 le llamó el Conquistador.

**AÑO III**  
**Nº 113**  
 Abril 26 de 1896  
**PRECIOS-SUSCRICION**  
 MONTEVIDEO-DEPARTAMENTOS

Un mes	\$ 1,00
Seis meses	" 5,00
Un año	" 9,00

**EXTERIOR**  
 Los mismos precios en moneda equiva-  
 lente con el aumento del franquco.  
 Número corriente 30 centesimos - Número atrasado 40 centesimos

EN VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS  
 SE PUBLICA LOS DOMINGOS.  
 Oficinas: CALLE URUGUAY, 301  
 MONTEVIDEO.

IMP. Y LIT. LA RAZON, CERRO, 57

## SUMARIO

TEXTO—Zig-Zag, por A. Giménez Pastor—Evoluciones, por Luis de Ansoarena—Para ellas: «Luisa» (continuación)—Teatros, por Re-Bemol—Confesión, por Kiel—Sport, por Zapicán II—Agradecemos—Correspondencia particular—Entre dos fuerzas» (conclusión).  
GRABADOS—Personajes históricos, Don Jaime el Conquistador—En el lío, por Wimplaine II—Para ellas: Retrato de la señorita B. O. Hill—Solfa alegre y varios intercalados en el texto por Aurelio Giménez.



Por algo sentimental hemos de empezar, por aquello de que tenemos que empezar de algún modo, y para no parecernos á nuestro Gran Juan que empieza y acaba siempre el ejercicio de sus más solemnes actos con material abundante, como ser queso de chancho para principio y digestión laboriosa para final.

Esto, dando por sentado que los actos más solemnes que ejerce son los almuerzos, comidas y demás actos en colaboración con el aparato digestivo.

Que, eso sí; á inteligente ó al truco podrán ganarle, pero lo que es á potencia estomacal, ni pensarlo; que como prueba ahí está la continua compañía de Brian y Nebel que soporta sin que se le indigesten; y que ya es mucho soportar.

Porque, digan lo que quieran, á mi se me figura que una indigestión de Nebel debe ser como una indigestión de manteca vieja en albar.

Y no es por decirle á él asqueroso. No señor.

Pero se me figura eso.

Como se me figura que, á indigestarse uno de Ministro de Fomento, sentiría los síntomas de una indigestión de betún con pera.

Quizá no sea cierto; pero, de fijo, por lo menos se le quedaría á uno atragantado el título de Ingeniero; porque eso no pasa; vamos, que no pasa.

Si pensamos ahora lo que sería una indigestión de *Monsieur* (y no abusamos del tema por ser toda esta gente indigesta en extremo, como bien lo sabemos) una indigestión de ese estimable *Monsieur*, decíamos, cualquiera adivina que había de sentirse como si el paciente se hubiera tragado una botija de *Chocolat français*, y para más exactitud fonética, de *Chocolat MENIER*.

Por lo del meneo que gasta el simpático.

Por último (siempre en el mundo de las suposiciones) el que padeciese una indigestión de Vidiella, iba de fijo á parar á la Comisaría.

Yo no sé por qué; pero estoy seguro de que iba.

A todo esto, habíamos de empezar hoy por algo sentimental, lo había dicho; y nos ha salido el plato de indigestiones surtidas, cosas *shoking* si las hay.



Es curioso ¿eh?

Como demostración de la influencia de las malas compañías, sobre todo.

Recapacitemos. Lo sentimental era... era...

¡Ah! Pues algo para ser dicho con aire de interesante melancolía, procurando imitar la expresión triste de las niñas romántico-anémicas ó de los perros flacos y un si es no es desengañosos.

Iba á decirles que

Ya se van las obscuras golondrinas de otro balcón sus nidos á colgar...

¿Eh?

¿Toca en el corazón?

Pues sí señor, se van; y, á propósito, diré que, al fin y al cabo, no estaba yo tan fuera de asunto; porque hablando de Don Juan y compañía todo era hablar de pájaros.

Con la única diferencia de que éstos no se van ni piensan irse, lo cual es también como para ponerse melancólico.

Aparte de que eso de que Don Juan come es gran verdad, y de ahí que si esto es verso, aquéllo no lo es pero es verdad, y váyase lo uno por lo otro, y por todo la socorrida frase.

Por otra parte, hay que considerar que eso de las aficiones gastronómico-brutales de Don Juan es asunto de vital importancia, porque, tratándose de un gobernante uruguayo, que puede hallarse, por no perder la costumbre, metido en líos sucios, es alarmante para él la seguridad de que no podrá jamás disculparse diciendo que se halla mezclado en ellos *sin comerto ni beberlo*.

Porque sin comer ni beber no se encuentra él en ninguna parte ni en ningún momento. Y volviendo á las golondrinas y su partida.

Ustedes dirán que esto de que dichos pajarillos se marchen con el verano, es cosa vieja.

Pero reconozcan que, dado el tema tratado, de comidas y anexos, es de orden empezar con *flambres*.

Además ¿quién recordando el Verano, en los días de su partida con golondrinas y todo, no se acuerda de una que otra indigestión recibida á cuenta?

Son cosas del tiempo, como la pobreza, los botines apretados y los versos de Fernández y Medina.

Y no se extrañen ustedes de yo insista sobre este tópico de las digestiones, porque tiene una importancia que nadie se figura.

Sobre todo hoy que, aquí por lo menos, es el estómago el gran regulador de los actos humanos y sobre todo inhumanos.

Me decía un mi antiguo maestro el otro día, que después de sesudas observaciones había venido en descubrir esta máxima trascendental: «Cuando se busque la causa oculta de algún hecho, resolución ó medida, al parecer extraña, recúrrase al buche, y allí se encontrará.»

Y es verdad. Vamos á ver. ¿Por qué el General Estevan está ahora á punto de declararse independiente -oposicionista? (Y conste que al decirlo me temo que he de provocar algún ataque apoplético).

Observemos el buche del General. ¿Que está vacío, que no hay en él ya ni café frío? Pues *velay*. Por eso.

Es regla infalible.

Pero no pára aquí esto. Mi genial teoría va mucho más lejos. ¿Qué es la digestión? ¡Todo! ni más ni menos. No busquéis talento, patriotismo, poesía, admiración, ni nada sin ella.

Dante, Régulo, Paganini?... ¿Que son? Buenos estómagos. ¿Qué es su gloria? resultado de buenas digestiones.

Y pruebas al canto. ¿Creen ustedes que

Dante, por ejemplo, hubiera podido escribir un solo verso de su inmortal *Divina Comedia* con una indigestión de mondongos dentro del alma? No, indudablemente; no hubiera estado para esas cosas.

Y aún escrito y consagrado por la posteridad, pónganse ustedes á leer el gran poema indigestados. ¿Le hallarian grandeza, belleza; podrian experimentar los sublimes goces del intelecto con su lectura? No, de seguro. Creerian ver en cada estrofa trozos de lechón podrido.

Pongan ustedes á Paganini tocando el violín con dolor de barriga. Asistido de toda la razón, sería tan sólo un rasca tripas. Y se explica. ¿Cómo puede un hombre, por más genio que tenga, hacer sonar dulcemente tripas ajenas cuando el dolor le está rascando horriblemente las propias?

¿Creen ustedes que nuestro inmortal poeta Fernandez y Medina hubiera podido cantar en versos impercederos á las nubes gordas y á las flacas, con una butifarra indigestada en la pancita?

No, ciertamente.

Pues vean ustedes cómo queda evidentemente probada mi teoría.

Y así, si esto no les ha gustado, no lo atribuyan, no, á falta de mérito, ni lo crean mal escrito ó peor pensado.

Es que lo habrán leído bajo la influencia de una mala digestión.

Como si lo viera!

Anuncian los telegramas de Europa que aún no se pronuncia el deshielo de ríos y similares apesar de lo avanzado de la estación.

¡Pero qué faltos de recursos son los pobres europeos!

¿Queréis que les mandemos á nuestro liquidador vitalicio, al dulce Nebel, para que liquide todos los hielos en un patatin y aun se beba el agua resultado de la liquidación por no perder la costumbre?

Don Juan cumplió el 20 cincuenta y dos años de edad y buen intestino.

Y los cumplió bajo la advocación de San Teótimo, patrón de dicho día; por lo que, á estar á la antigua usanza, le corresponde llevar ese nombre.

Teótimo se compone de *Teo*, que viene del griego *Zeo*, Dios, y de *Timo*, como quien dice engaño, trampa y sinónimos.

De modo que don Juan Teótimo Excelencia lleva por nombre el de *Dios del Timo*.

Conque digan ustedes si hay ó nó divina Providencia.

Y si gasta bromas pesadas con don Juan. Aunque al fin y al cabo, dirá él, de todos modos me han de embromar...

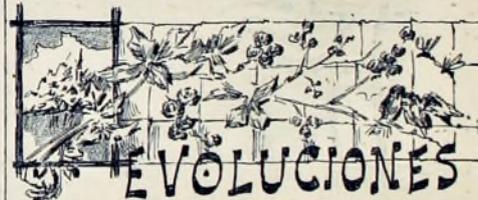
Porque hay gente así, que saca partido de todo para hablar mal de S. E. y su estómago.

Ese día decían dos de estos:

—¿Sabes? Hoy cumple don Juan 52 años.

—Ps... Es lo único que ha cumplido desde que es Presidente.

ARTURO GIMÉNEZ PASTOR



I

Á impulsos de un torpe afán faltó á su esposo Leonor, y del adúltero amor vino al mundo un hombre: Juan. Y, en cambio, Lola y Antonio, aspirando á lo divino, escogieron el camino más santo: el del matrimonio. Y de esta ejemplar unión nació al poco tiempo Rosa, una niña tan hermosa que causaba admiración.

II

El pobre Juan fué tan bueno que algo de santo tenia... ¡Preciada flor que salía

de una convulsión del cieno!...  
Y aunque nadie se ocupó  
de dirigir con prudencia  
y acierto aquella existencia  
que sin su culpa adquirió,  
vió su desdicha con calma,  
y sobre el borrón oscuro  
de aquel orijen oscuro  
echó el resplandor del alma.

III

El cuidado paternal  
no le faltó nunca á Rosa,  
que, empezando en orgullosa,  
llegó al cabo á criminal;  
pues por necia diversión,  
viéndose por Juan querida,  
ella le arrancó la vida  
en pago de su pasión...  
Y el mundo vil, que se aviene  
con lo que daño reporta,  
dijo: ¡Bah!... ¿Y eso qué importa?  
¡Como gracia sí que tiene!

IV

Cuando murieron los dos,  
causando él risa, ella llanto,  
llevóles no sé qué santo  
á la presencia de Dios.  
Como en todas ocasiones,  
midió una balanza fiel  
lo sublime, lo cruel,  
las virtudes, las pasiones,  
el bien, lo impuro, lo sano,  
lo más grande, lo más ruin  
de uno y otro... todo, en fin,  
lo que forma un ser humano.  
Y la bondad de Juan viendo  
y de ella el ansia impudente,  
arrugó el Señor la frente  
y murmuró:—¡No lo entiendo!...  
Yo eché gérmenes al mundo,  
y en el mundo se transforman:  
los malos, lo bueno forman;  
los buenos, forman lo inmundo;  
y al abismo he de arrojar  
lo que lo santo engendró,  
y lo que el vicio formó  
en el cielo ha de quedar?

LUIS DE ANSORENA.

PARA ELLAS



LUISA

ESTUDIOS SOBRE LA MUJER

Por E. M. DE LYDEN

(TRADUCIDO EXPRESAMENTE PARA «CARAS Y CARETAS»)

(Continuación)

XII

Entre los adoradores de nuestra cantatriz, candidatos todavía, se hallaban, por una parte uno de los hermanos de Luisa, Carlos Bernard, aquel á quien la familia y los amigos de la familia llamaban *el calavera*: comprometido entonces en una vasta empresa artística, había sido puesto en relaciones de interés con la linda viuda, y, según su costumbre, la había galanteado sin dársele un ardite de los



celos de su señor cuñado; y por otra parte, un antiguo coronel, el cual se había visto obligado, á causa de una herida, á retirarse del servicio antes de la edad legal.

Carlos Bernard con sus hábitos de placeres y de gastos, su vida gastada, y su honor tal vez algo comprometido, no ofrecía á la joven viuda más que su corazón, y una parte bastante pequeña de los tres mil francos que tenía de su plaza.

Cuarenta y cinco años todo lo más, una figura que no dejaba de tener nobleza, un nombre de los más honrosos, y además de todo esto unas doce mil libras de renta, y la independencia, (porque era viudo), tales eran las ventajas que el coronel d'Herri ponía,—con la mano izquierda sin embargo, —á los pies de la dama, fatigada ya de las celosas jeremiadas de su profesor.

Evidentemente, la elección entre estos dos supernumerarios del amor no era dudosa, y no era necesario ser muy diplomático para adivinar que de un día para otro Mme. Ferrand pasaría de las lecciones de música al ejército de reserva.

Sin haber positivamente consentido al coronel, le había dado á entender, sin embargo, que no estaba muy lejos de romper con Mr. Deslandes.

¿Pero cómo abordar este delicado asunto?... Eso era lo difícil.

Mme. Ferrand quería ser ligera é inconstante, pero al mismo tiempo quería dar á esta ligereza decorosa apariencia de razón.

Quería que su inconstancia pareciese un sacrificio hecho á necesidades imperiosas.

Ahora bien: ¿qué podía decir á Deslandes, á este hombre que, por decirlo así, la había conducido de la mano de triunfo en triunfo, y que tanto la amaba?

Lo repetimos; la dificultad era árdua, y Mme.

Ferrand no contaba más que con una feliz casualidad para vencerla; pero contaba seriamente.

La mañana del día en que Luisa resolvió hacer su escabrosa visita á la cantatriz, ésta había almorzado no sólo con Deslandes, sino también con el coronel, con Carlos Bernard, y con una amiga bastante fea para no ser peligrosa, y bastante discreta para distraerlos durante el almuerzo.

Mr. Deslandes se había mostrado más celoso que nunca: la presencia de esos dos hombres, que sabía eran sus rivales, le chocó singularmente, aunque no era la primera vez que esto sucedía; pero cuanto más viva era la intimidad entre su concubina y los dos pretendientes, más presentía el marido de Luisa lo amenazadora que esta intimidad era para él.

Había recurrido á las súplicas, después á las quejas; pero Mme. Ferrand no hacía caso. Había apelado á los sarcasmos para con Carlos Bernard, y á la frialdad con el coronel; todo era inútil.

Mme. Ferrand le había dicho que, como artista, quería y debía admitir toda clase de visitas en su casa; Carlos Bernard, á las primeras palabras respondía:—¡Yo soy libre!—y el coronel mostrábase tan altanero, que Marcial se veía obligado á callar; de modo que en esta comedia, en la que representaba el papel más desairado, había sido batido en brecha.

Vióse, pues, obligado á sufrir los caprichos de la cantatriz, los aires de virtud de su cuñado y las chanzas intempestivas del coronel.

Por su parte, estos dos señores, cada uno en particular, daban á todos los diablos al hombre casado.

El almuerzo, pues, fué frío, á pesar de los esfuerzos de la amiga convidada.

Sin embargo, prolongóse hasta bastante tarde, y

# EN EL LIO

Caras retas



Tranquilo en el enriedo  
los buenos socios están,  
seguros de que es la Patria  
quien lo ha de desenredar.  
Que, al fin en lios como este  
como en otros, visto es ya,  
que ellos los hacen y cobran,  
y ella el pato ha de pagar.

Wm. Williams II

el champaña enviado por el coronel había modificado sensiblemente la situación de los ánimos, cuando la doncella entró misteriosamente á decir á Mme. Ferrand que una señora que rehusaba nombrarse, insistía en ser admitida.

—¿Habéis dicho que estaba almorzando?  
—Sí, señora; y he añadido que había gente.  
—Entonces, dijo Deslandes, no puede ser más que una acreedora; permitidme que vaya á recibirla.  
—Poco á poco, replicó la cantatriz ofendida de que se dijese semejante cosa delante de sus convidados; acostumbro pagar yo misma misma mis deudas, pero no tengo acreedores.

—¿Qué felicidad! murmuró la amiga.  
—Decid á esa señora que vuelva mañana.  
Un instante después volvió la doncella con una tarjeta en la mano.

—¿Otra vez! dijo Deslandes con impaciencia.  
Mme. Ferrand tomó la tarjeta y no pudo contener una exclamación.

—Señores, dijo, siento mucho dejaros un momento, pero debo recibir á esa dama.

—¡Bah! es imposible, dijo Deslandes; no podéis desertar así; que venga.

—¡Porque no! Justo! Cuántos más seamos más nos divertiremos, replicó Carlos Bernard, bastante encendido ya por el champaña; al contrario, que venga!

—Sí, sí, replicó Deslandes animándose; Carlos tiene razón; con eso estaremos completos: tres hombres y tres mujeres; tal vez la misteriosa desconocida tenga el privilegio de quitar el mal humor al coronel... Vámos, Carlos, vámos á buscar á esa dama.

Mme. Ferrand hizo un movimiento para detener á Carlos Bernard y Mr. Deslandes que se habían levantado; pero en aquel momento abrióse la puerta y apareció Luisa.

—No os incomodéis, señores, dijo afectando una calma que estaba muy lejos de abrigar su corazón; no os incomodéis... Me parece que bien puedo entrar sola donde están mi hermano y mi marido.

—¿Mi hermana!  
—¿Mi mujer!  
—¿Mme. Deslandes!

Dijeron á la vez el coronel, Deslandes y Carlos. Después reinó el silencio más profundo.

La cantatriz se había levantado; indicó con la mano una puerta á Luisa, y ambas se encerraron en una habitación bastante bien cerrada para que fuese imposible oír lo que iba á pasar entre la esposa legítima y la concubina.

## XIII

Cuando Luisa tomó la resolución de ir á ver á su rival, no se le ocurrió ni remotamente que pudiera encontrar á su marido. La hora le permitía creer que Mr. Deslandes estaba dando sus lecciones. Así es que se vió dolorosamente sorprendida al oír su voz á través de la puerta por la que llegaba aquel olor á cigarros y vinos finos, esos olores penetrantes, esos perfumes de platos cargados de especias que proyectan siempre desde muy lejos los almuerzos galantes que se ha convenido en llamar almuerzos de solteros.

En cualquier otra ocasión Luisa hubiera retrocedido yendo á devorar en la soledad su afrenta y sus lágrimas; pero el sentimiento de su derecho, su dignidad herida, la vaga esperanza de llevarse á su marido pudieron más que los temores y creyó bueno arriesgarlo todo.

Veíase en la posición de esos náufragos que sólo tienen una probabilidad de salvación, y todo lo sacrifican á esa probabilidad, sin reflexión y sin prudencia.

Por un resto de voluntad de que ella misma no se hubiera creído capaz pudo dominar su emoción mientras estuvo en el comedor; pero una vez sola con Mme. Ferrand, no habiendo visto, como lo esperaba, que su marido saliera á su encuentro para marcharse con ella escusándose; no habiendo visto á su hermano levantarse para contenerla; hallándose aislada, frente á frente con su rival; no entreviendo luz alguna que la guiase en aquellas tinieblas; no sabiendo qué decir; temerosa de una de esas escenas de insultos bajo los cuales ciertas mujeres humillan á las que despojan de su bien y de su dicha, sintióse debilitar; fuerza moral y fuerza física todo la abandonó á la vez, y cayó más bien que se sentó en el diván que Mme. Ferrand le indicaba.

La cantatriz no era mala; además estaba muy lejos de odiar á aquella joven cuya inesperada presencia secundaba sus proyectos. Así, pues, en vez de mostrarse burlona y mala, como lo temía Luisa, afectó la mayor humildad; empezó á prodigar á Mme. Deslandes los cuidados que necesitaba su especie de desmayo, y cuando vió que iba volviendo en sí, y á fin de evitarle cualquier pregunta penosa, la dijo:

—Perdonadme, señora, por haber turbado vuestra dicha... Todo cuanto sea preciso hacer para

reparar el mal que haya podido causaros, os prometo que lo intentaré... Yo no os conocía... me he dejado arrastrar... Vuestro marido se irá con vos porque valeis más que yo. Vámos; no lo reís ahora...

En efecto, Luisa rompió en sollozos.  
—Aunque,—continuó—llorad, mejor; eso alivia el corazón. ¿Le amais mucho?

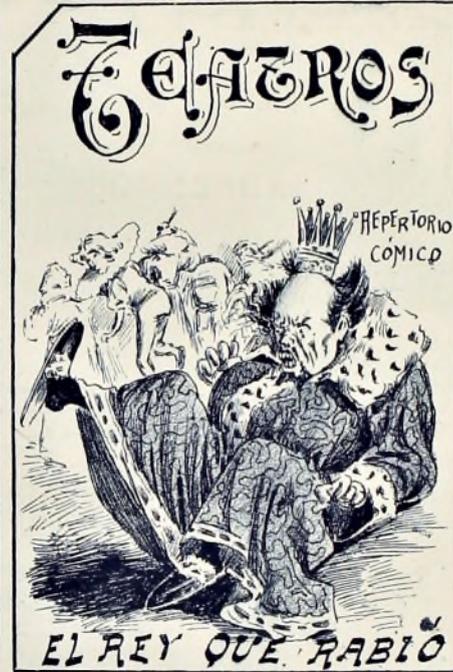
—Más de lo que pudiera deciros, murmuró Luisa.  
—Pues bien, él también os ama. ¿Y cómo no había de amaros? Sois encantadora y pura.

Mme. Deslandes escuchaba con gran admiración estas palabras que estaba muy lejos de esperar.

—Mi lenguaje os sorprende, señora. ¡Ah! Es que yo valgo más que mi reputación. Vámos á ver; no me miréis como si yo fuese una virtud de primer orden; soy simplemente una buena mujer que no quiere la desgracia de nadie, y menos aún la vuestra. Vámos; ya estáis más tranquila. Ahora reparad el desorden de vuestro tocado, enjugad vuestras lágrimas... Voy á traeros á vuestro marido y ambos saldréis por esta escalera escusada. Sobre todo, señora, nada de recriminaciones, nada de quejas; por mucha razón que tengáis, y yo soy la primera en reconocer que toda la culpa es mía y suya. tratad de guardar para vos vuestra pena; mostraos generosa... perdonad.

Luisa por toda respuesta tendió la mano á su rival. Esta, continuando el papel que súbitamente se había impuesto, se contentó con llevar á sus labios aquella mano amiga, y fué en busca de sus convidados; pero en aquel momento oyóse un tumulto extraordinario en el comedor, y en el instante en que la puerta se abrió, resonó el estallido de una botellada.

(Continuará)



¡Al fin! Que ya sentíamos los de todas las noches la nostalgia de los conjuntos brillantes, de los trajes lujosos y apropiados, de las buenas voces y otras tantas cosas que hacen del espectáculo teatral una diversión agradable, sin sacudimientos nerviosos provocados en el inocente espectador por la presencia de rusos ataviados con los trajes moros que antaño, en los buenos tiempos de la *Talia* ó el *Estímulo Dramático* sirvieran para hacer el *Guzmán el bueno*; ó por la aparición de marqués con trajes de la época de Luis XV, pero legítimos de la época, cronológicamente como hablando, ocurre noche á noche, sin respeto á la salud pública, en San Felipe, pongo por ejemplo.

La compañía Tomba lo presentó todo bien, mal que pese á los condenados segadores del telón de *El rey que rabió*, rasgado en mal momento.

Pero al fin se daba *El rey que rabió*, y precisamente, como exceso de verdad en la presentación, rabió el director de escena; que es cuanto hay que decir en materia de realismo.

En cambio el público pasó el buen rato, porque la orquesta perfectamente dirigida por el maestro Lambiase es de buten, y la Paoli lo es también y de carnes, y Poggi hizo quizá el mejor *Geremías* que hemos visto (y que es ingrato el papel), y la Gori-Pasquali interpretó graciosamente el de Rey, y el conjunto resultó de primer orden con unos coros muy vistosos en la parte femenina y muy correctos en la artística.

Fueron bisados la romanza del 2.º acto que la Paoli cantó con muchísimo primor, y el coro de los

médicos porque siempre lo será mientras sea tan rebonito.

En fin, que *El rey que rabió* en italiano y así interpretado parece otra cosa y se da unos ciertos aires de ópera que ya, ya...

Luego *l'Pagliacci* fué un triunfo.  
El tenor Derubeis, joven de facultades, se hizo aplaudir con entusiasmo en sus dos arias del primer acto, la última sobre todo, cantada con extraordinaria expresión y brio.

Es un artista de valer que tiene desde ya ganadas las simpatías del público y cuyo retrato prometemos á ustedes para el próximo número.

La señora Paoli cantó correctísimamente su aria del primer acto y se hizo aplaudir con voluntad en el duo del mismo con Tosi, nuestro antiguo conocido, que vuelve hecho todo un baritonazo.

El baritono Poggi tiene una hermosa voz y canta con seguridad, sin escasear esfuerzo. Se le aplaudió mucho el prólogo.

Y la orquesta, fuera de uno que otro trompetazo á destiempo de un pistón malevo, acertadísima.

Conque... ¿hay quien pida más?

En Cibils, el beneficio de la pequeña Koyocha atrajo numeroso público que casi muere de susto en el gran acto de la corrida por la vida, que la diminuta artista ejecutó con relativa felicidad.

Por último, San Felipe... Pero ¿ha ido alguno de ustedes á San Felipe?

Es lamentable, lo reconozco, es criminal que no sepamos nada de San Felipe.

Pero vaya á guisa de justificación. ¿Hay alguien que no siendo pariente de algún acomodador sepa más?

Conque, comprendan ustedes...

RE-BEMOL

## Confesión

Iba Narciso á casarse, y antes de hacerlo resolvió ver á un sacerdote á fin de que lo iniciase en los misterios de la religión. El sacramento de la penitencia era el objeto primordial de sus deseos y el más importante en el caso presente, pues la Iglesia exige la confesión antes de celebrar el matrimonio.

Fué, pues, á la iglesia, y preguntando por el sacerdote, al punto fué complacido. Un clérigo púsose inmediatamente á sus órdenes.

—¿Qué deseas, hijo mío?

—Deseo, padre, que usted me instruya un poco; soy bastante ignorante en religión, y como he de casarme dentro de quince días, es preciso que me confiese á la mayor brevedad. ¿Acepta usted, padre?

—Con mucho placer, hijo mío; hablemos aquí como camaradas, y después, mañana ó pasado, vienes á confesarte... Toma asiento... Empecemos... ¿Cumples los mandamientos de la ley de Dios?

—No recuerdo; si usted me preguntase más concretamente...

—Bien. Vámos á ver; ¿juras en vano?

—¿En vano? En apuros muchas veces, cuando no me quieren creer.

—Hum... ¿Santificas las fiestas?

—Sí, padre; los días de fiesta, y aún los días de trabajo.

—¿De qué manera?

—Pues... bebiendo café con San Roman. ¡Es una casa muy piadosa! Los otros días se armó allí una de San Quintín.

—Bueno, bueno; veo que tienes debilidades. ¿Comulgas, has comulgado alguna vez?

—Francamente, padre, muy pocas veces; pero cuando lo hago es en celebración de un suceso muy grande para la Iglesia.

—¿Por Pascua Florida?

—No, padre; por muerte de un obispo.

—¿Basta! ¿Has matado alguna vez?

—¡Oh, padre! ¡Nunca! Lo único que he matado es el hambre, haciendome la ilusión de que tenía el estómago lleno. ¡Esto, muchas veces!

—¿Eres pobre, hijo mío? Vaya, resignación; ten confianza en Dios y algún día recibirás el premio.

—Es que es una situación muy apremiante y no puedo esperar.

—Imita á Job, y contéstame: ¿has levantado alguna vez falsos testimonios?

—Eso sí.

—¿Cómo?

—Al menos lo supongo... he sido empleado de un escribano.

—Y en cuestión mentiras ¿cómo te has conducido, hijo mío?

—¿Mentiras? ¡Millones, padre, millones!

—¿Y lo dices tú mismo!

—Sí; yo y los dedos. ¡Mire usted cómo tengo las articulaciones!

—Eres un insensato. ¿Has deseado alguna vez la mujer de tu prójimo?

—La de mi prójimo nunca; la que he deseado muchas veces es la de mi primo.  
 —Veo que eres muy ignorante en cuestión de Religión.  
 —Bastante, padre, bastante; siempre me ha costado mucho aprender eso, y el Catecismo mismo...  
 —¿Te ha costado mucho el Catecismo?  
 —No, muy poco: dos vintenes.  
 —Me parece que estás burlándote de mí; eres un deslenguado, y a lo que creo, debes pecar continuamente de obra y de palabra.  
 —De palabra no será si es que soy un deslenguado; pero de obra sí; una vez me metí a construir una casa y al mes de concluida se vino al suelo.  
 —Dejemos eso. ¿Cuáles son las virtudes teológicas?  
 —¿Las teológicas?... Pues el celibato, el cilicio...  
 —¿Qué dices, desgraciado? Te pregunto las virtudes teológicas. ¿Qué es fé?  
 —Una santa.  
 —¿Cómo una santa? ¿Dónde está esa santa?  
 —En la República Argentina: Santa Fé.  
 —Vaya, creo que ni conoces las oraciones. ¿Cuáles son las oraciones más importantes?  
 —Las de activa y las de pasiva; las de infinito son también bastante importantes.  
 —¿Cállate Me impacientas; creo que no podrás confesarte ni comulgarte. Ignoras por completo la Religión.  
 —Mejor, pues si estoy en ayunas, mi comunión será perfecta.  
 —Estás en pecado.  
 —No, padre; todo lo contrario: donde estoy, según usted, es en Belén, y por lo tanto, bien cerca del niño Jesús.  
 —¿Silencio! ¿Cuáles son los enemigos del alma?  
 —Los materialistas.  
 —¿Qué, entonces no eres espiritualista?  
 —Sí, padre, sí Yo soy fanático por todos los espíritus.  
 —Y si eres fanático por el Espíritu Santo ¿cómo es que ignoras por completo la Religión?  
 —Es que yo no soy fanático por el Espíritu Santo; soy fanático por el espíritu de alquitrán.  
 —¿Tengo dolores de muelas feroces?  
 —Bien; puedes retirarte. Ven pasado mañana y te confesaré en toda regla; más te advierto que de ningún modo podré encomendarte a Dios.  
 —¿Por qué, padre, porqué?  
 —¿Pues no dices que quieres casarte? El matrimonio no huele a gloria, huele a infierno. Y tú debes saber eso, hijo mío, mejor que yo. ¿Como que eres un diablo!...  
 (Que también me llegó a mí el turno de los truécanos).

KIEL



Con un programa de lo más variado promete celebrarse el Jueves en Maroñas la fiesta hipica anunciada por el Jockey Club.  
 Figura en ese programa el Premio Rio de la Plata en el que se encontrarán por segunda vez las potrancas y potrillos de la nueva generación. Este premio será una lucha a muerte entre los potrillos y las potrancas y de gran interés dado los elementos que en él tomarán parte.  
 Además figuran en el programa otras cuatro pruebas también muy interesantes, por cuya motivo no dudamos que el Jueves el Hipódromo estará repleto de distinguida concurrencia.  
 Antes de poner punto final daremos a nuestros lectores los pronósticos siguientes:

- Premio Tina—Aleluya.  
 > Olimpo—My Darling  
 > Rio de la Plata—Jónica.  
 > Lautaro—Rastreador  
 > Florida—Alaska.

NOTA—A causa del exceso de material en el número anterior, nuestro director se vió en la necesidad de retirar el Sport con el consiguiente pesar nuestro.  
 Queda, pues, salvada mi responsabilidad.

ZAPICÁN II.

## Correspondencia Particular

- Bada—Montevideo—Haga usted de cuenta, Bada que no ha escrito nunca nada.  
 A. Solera—Id.—Sería malo de remate, si pudieran ponerse en remate esas cosas sin peligro de la existencia del rematador.  
 Atauti—Id.—Irá en el próximo, Dios mediante. Y que no entiendo su nuevo pseudónimo. Con que tome Vd. medidas.  
 L. Sormenterolo—Id.—Pero qué apellido tan napolitano tiene Vd.  
 José el pulpero—Id.—Tontería formidable, por lo grandiosa, admirable!  
 B. Franc—Melo—¡Desgraciado! ¡Se entrega Vd. a la poesía venenosa!  
 X—Maldonado—Debe Vd. quedar estenuado después de esos derrames de ciento ochenta y dos versos mortíferos. ¡Lástima que yo tenga en tanto aprecio la salud de los suscritores!  
 Pepe Pipa—Montevideo—  
 ¡Oh joven! No te conoces; muere pronto, sin tardar, si al fin no has de dominar esos instintos feroces.

## AGRADECEMOS

—Un folleto publicado por la Sociedad de ex-alumnos del Colegio Pio en memoria del abnegado sacerdote Monseñor Luis Lasagna; conteniendo pensamientos alusivos, poesías y recuerdos.  
 —Maldonado, precioso vals boston del señor Ferreira Pintos que merece muy bien la preferencia y cariño que va el público elegante manifestando por él.

A. GIMÉNEZ PASTOR

## ENTRE DOS FUERZAS

(CONCLUSIÓN)

XV

—Asistolía, asistolía, eso es, eso es, decía el doctor Varis a Daniel, ya en el vestíbulo, donde éste le siguiera para preguntarle por el estado del enfermo, habiendo notado que la ineficacia, la impotencia del Díjital suministrado lo desanimaba.  
 —Asistolía, —siguió repitiendo con su voz apagada y monótona, acentuadas todas las palabras con aquel eterno movimiento de la mano siempre con el índice extendido;—eso es; el corazón no tiene fuerza para expulsar la sangre, para echarla fuera, ¿eh? y entonces, no efectuándose el *sístole* que nosotros llamamos, el *sístole*—y cerraba y abría la mano extendiendo los dedos para hacerle comprender mejor aquel movimiento de dilatación repentina que espolea la sangre—no efectuándose el *sístole* la sangre, claro, no circula y no se oxigena; sobrevienen los edemas, la hinchazón de las piernas, la *dipnea* que nosotros llamamos, ¿eh?...  
 Y siguió acentuando las palabras con movimientos de cabeza, revolviéndose con la mano la gran melena detrás de la oreja, como hablando consigo mismo, con un breve y muy repetido «eso es» que afirmaba a cada síntoma su diagnóstico; los diminutos y escondidos ojillos apenas visibles entre los pliegues de sus rugosos párpados entrecerrados, mientras el otro médico, consultado de cuando en cuando con la mirada observaba indiferente lo que le rodeaba con sus ojos escrutadores de miope curioso, volviendo la cabeza con movimientos repentinos hacia arriba y a un lado y otro, impaciente porque terminara la explicación.  
 —Está mal el mozo,—concluyó Varis despidiéndose sin cesar de hablar consigo mismo repitiendo con su voz monótona y cansada los caracteres gene-

rales.—Está mal; el Díjital ya no obra, y eso es grave, es grave...  
 Daniel con la cabeza baja, encandilado al pasar de la dorada claridad con que inundaba el espacio un soberbio y esplendoroso día de Otoño a la penumbra discreta que dejaban los postigos entornados, entró de nuevo al cuarto donde Isabel secaba constantemente el sudor frío que brotaba de la frente de Mario, sumido en pesada somnolencia, los largos cabellos negros derramados opulentos sobre las almohadas hundidas, envolviéndole el rostro pálido, cadavérico, sombreado por la naciente barba crecida en los días de enfermedad.  
 —¿Qué dicen?—preguntó ella al verle entrar, volviéndose un poco, llena de terrible y ansiosa inquietud sus ojos tristes.  
 —Nada, contestó Daniel con voz insegura; lo mismo que dijeron aquí.  
 Y se sentó sobre un baul, con las manos en los bolsillos del pantalón, estremecido por pequeños chuchos de hombre mal dormido a quien enfria el aire desalojado al andar.  
 —Dios mío, Dios mío!—dijo la pobre señora con voz doliente. ¿Qué me reserva el cielo con esta criatura?  
 Y volvió a su tarea de enjugarle el sudor frío que brotaba obstinado del rostro del hijo.  
 La exaltación violenta que le dominara en la noche del casamiento de Delia provocó el acceso que aquella fatiga persistente, aquella asma prematura habían ido preparando.  
 Lo encontraron al día siguiente tendido sobre la cama, sin haberse desnudado, lleno de frío, el pecho agitado por la fatiga ya violenta y sofocante, ahogándose como si acabara de correr una terrible carrera.  
 Fué motivo de un tremendo susto aquel repentino desplome de la enfermedad traidora sobre el pecho del enfermo, como decidida a ahogar bajo su peso; pero acudió el médico, pasó el primer acceso y se sucedieron los largos días de inacción, a la espera de un restablecimiento completo que no llegaba.  
 Lo peor era aquella maldita hinchazón de las piernas que lo tenía atado a la cama ó al sillón, pues la fatiga, al fin y al cabo, no le hubiera impedido andar; y era tan triste aquel estado que lo convertía en un montón de carne inútil arrojado sobre el odiado lecho para que acabara de echarse a perder allí!  
 La inmensidad de pensamientos que debieron pasar por aquel cerebro en esos días quedó ignorada para todos, pues inmovible en su aán de ocultar una debilidad de espíritu que le parecía vergonzosa, sólo sus ojos, reflejando esa luz que viene de muy lejos, de abismos profundos en que germinan y bullen los pensamientos callados, sólo sus ojos denunciaban la actividad de la mente.  
 Pero viendo a su pobre madre pasarse horas enteras junto a su lecho, jugando con sus largos cabellos negros, como en otras épocas, cuando él, niño, reclinaba cansado su cabeza en el regazo que nunca pierde su suave calor; mirándose en sus ojos húmedos, sin alegrías y sin salud mientras él no la tuviese, debió comparar con tristeza, quizá con remordimiento aquel amor que le diera la vida, la alegría tantas veces, sin que él le sacrificase nada, con aquel á que había sacrificado tanto, aun las alegrías del hogar, hasta las amistades de la infancia, y que ahora le tenía allí herido, esperando la muerte, lleno de la tristeza muda de los olvidados.  
 Quizá, también, mirando las relucientes pecheras de los médicos; sus planchadas levitas negras, todo aquel exterior frío del hombre de ciencia que vé en el enfermo tan sólo un caso interesante, pensó en su padre, acudiendo en otro tiempo junto a Delia para salvarla de la muerte, para hacerla vivir hasta que él, Mario, el hijo, pudiera verla casada, ya de otro, desde su lecho de doliente!  
 Siguió todos arrastrando aquella vida triste y dolorosa de habitantes de casa en que hay enfermos, durante quince días; hasta que Mario sintió las piernas deshinchadas, en una hermosa tarde de principio de Junio. Fué un día alegre, el primero despues de tanto tiempo. Isabel, llena de agradecido contento, Orfilia satisfecha y feliz, Daniel dominando su triste inquietud que aquella débil mejoría no alcanzaba a disipar, todos le ayudaron a vestirse, animándole, dándole bromas con sus temores pasados, mientras él, lleno de la cándida confianza de los enfermos deseosos de sanar, decía con su voz temblona, breve y entrecortada por la fatiga:  
 —¡Qué caramba! Ahora es otra cosa. Si esa hinchazón de las piernas es lo que me embombaba!  
 Estuvo sentado un rato en el patio, bebiendo la luz dorada, bañándose en aire templado y suave, inundado todo él por la beatitud que inunda al que vuelve a sentir lo que creía haber perdido ya.  
 ¡El aire, la luz! Era todo lo que deseaba ahora; lo demás no volvería.  
 Pero despues sintió vehementes deseos de oír el piano, de tocar sus teclas tanto tiempo olvidadas, de elevar al cielo acordes dulces como su triste

dicha de esos momentos, y á pesar de los pedidos de Isabel que á todo temía entonces; no obstante los consejos de Daniel, que temía más aún, abrió el piano, enterrecido, cuando la tarde empezaba á dormirse, llena de la somnolencia melancólica del crepúsculo, y las notas suaves de *La Peadora* volvieron á vagar en el espacio ensombrecido, recorridos con fruición, con cariño el teclado por las manos débiles del pobre joven.

Aquello le trajo recuerdos dolorosos. Recuerdos de una noche en que la música amorosa evocó una aparición deseada; la sensación olvidada de unos labios húmedos fundiéndose con los suyos en un momento de dicha loca llegó hasta él, á través del tiempo, y se separó del piano otra vez desalentado, encontrándose solo, solo con su corazón enfermo al desvanecerse el rumor de las últimas notas en el ambiente callado, sin hallar eco amigo á sus vibraciones dulces.

Amargado, entristecido, volvió á entrar en la cama de que saliera tan contento, casi feliz, y á la noche concluyó con el efímero aleteo de su alegría cándida la hinchazón de las piernas pronunciándose de nuevo.

Aquella sensación de amargo desencanto, de desesperada desilusión fué la que persistió en el alma de Mario mientras la enfermedad avanzaba, implacable, mortal, hácia el centro; buscando el sitio marcado para herir por última vez.

Todo había caído en torno de él; todo había sido un sueño de esos de que uno se lamenta al despertar. Él había soñado amor y dichas y éxtasis, en una crisis de romanticismo erótico que duró lo que su ilusión siempre renovada, y en vez de mundos azules y vírgenes siempre amorosas, siempre dulces, que se alimentaban solo de besos y caricias como los dioses de ambrosia celeste, había tropezado con la mezquindad y la lijereza cursi de doña Armanda y su hija, con la material codicia, con el ansia de tierras que dominaba á Misia Justa, con la maldad desechada de las Mestres, con la ambiciosa altivez, con el cruel sentido práctico de Delia.

Y contra todo aquello se había estrellado buscando un amor que él creara, bastante á satisfacer sus anhelos de vida y goces, pero que no existía en la tierra en que todos vivían en un perpetuo cálculo de pérdidas y ganancias; y había hecho un papel ridículo elevando himnos y soñando delicias de algo que solo existía en su cabeza desahogada y no allí, donde todo rechazaba su amor de novela.

Esta conclusión amarga de desilusionado iba á ser la última concepción dolorosa que llevara del mundo, cuando, á través de los visillos de su puerta, en el cuarto contiguo iluminado por la luz de la calle, vio cómo Orfilia y Daniel se acercaban lentamente, se miraban un instante arrobados y unían por fin sus labios con rumor dulce de besos juveniles.

Aquella visión del amor consagrándose, renaciendo siempre joven junto á su lecho de doliente, despertó de pronto todo su lirismo de romántico incurable.

Sí, eso era amor, el amor que él no había sabido encontrar, porque le faltaba el corazón sano y confiado de los veinte años; eso era lo eterno, lo prometido á los tranquilos, á los que aman la ilusión sin analizarla, á los que se embriagan, á los que se entregan olvidados del yo vanidoso.

Y así, entre las brumas de su somnolencia morbosa, empezaron á confundirse imágenes, á clarear horizontes lejanos, á flotar apariciones olvidadas y por último, lentamente, acentuándose perfiles borrosos, chispeando perdidos destellos, de entre la niebla vagorosa fue desarrollándose, creciendo, expandiéndose con amplitud grandiosa de apoteosis aquella escena del cuarto acto de *Mefistófeles* que le hiciera salir una noche del teatro, herido dolorosamente por los grandes cantos al amor perdido para él.

Ahora era más grande, más luminoso todo aquello. Ante él aparecían las azuladas colinas, el cielo de cristal, los marmóreos pórticos del perdido mundo griego, del mundo de la belleza, del entusiasmo, del verso. Aquello era el Tempé florido, refrescado por el dulce Peneos, donde toda una generación de dioses jóvenes cantaba al amor eterno, al amor siempre renaciente, siempre vivo, palpitando inmortal en el ambiente sereno, puro y luminoso de la soñada Grecia de las vírgenes hermosas y de los héroes fuertes.

Y esta fué la última gran visión de su espíritu anheloso.

La enfermedad en su lento é implacable avance le llevó á los confines oscuros de la vida, y dos días después Varis daba por todo consuelo aquella minuciosa explicación á Daniel, en el vestíbulo, á donde este le siguiera buscando una esperanza, esa última esperanza que siempre se pide á los médicos, precisamente cuando no pueden darla.

La esplendente tarde de Otoño derramaba afuera sus cascadas de luz desde un cielo azul vivísimo, sin una nube, mientras en la playa cercana la banda de

un batallón en ejercicio hacía estallar en el aire los entusiastas acordes del toque de tropa, que llegaban vibrantes y alegres á aquel cuarto de enfermo sumido en la penumbra, lleno de murmullos apagados, pasos dados en puntas de pies y choque de frascos de remedio que saturaban la atmósfera con ese perfume característico que se llama «olor á botica».

Mario se había incorporado, y sosteniéndose con los brazos enarcados, las manos crispadas sobre el colchón, la cabeza echada atrás, descansando sobre los opulentos cabellos negros revueltos y rebeldes, aspiraba desesperado el aire que faltaba á sus pulmones, con inspiraciones desiguales que, en una escala ascendente, empezando breves, entrecortadas, iban aumentando de amplitud, creciendo cada vez más, haciéndose largas como si entrase todo el aire de la pieza en el pecho oprimido, hasta que, llegadas al extremo, al colmo del esfuerzo que lo contraía todo, dilatándole el cuello en que las venas hinchadas palpitaban ondulando, sobrevenía el descenso; menos largas, menos amplias cada vez las inspiraciones, más apagadas, más débiles, brevísimas y entrecortadas de nuevo, cesando en absoluto por fin, durante algún tiempo, como si ya no respirase, como si hubiera concluido todo ya.

Estas interrupciones, una de las cuales llegó á durar veinte segundos, habían sido ocasión de momentos desesperados para Isabel que lo creyó muerto y en su dolor terrible, colosal, se precipitó sobre él cubriéndole de besos la cara sudorosa, llamándole, bañada en llanto, con los más dulces nombres, con diminutivos cariñosos, olvidados desde la niñez del hijo desgraciado. Todos acudieron á ella, pero á poco la respiración comenzó muy débil, fatigosa, entrecortada, apenas sensible, y fué creciendo otra vez más desesperada, más ansiosa, más amplia, llevada al colmo con horrible esfuerzo, para decrecer nuevamente hasta hacerse imperceptible, nula.

Con la respiración angustiada, el pecho horriblemente oprimido al ver aquel espantoso esfuerzo de la naturaleza en sus últimas ansias de aire, de vida, contemplaban Isabel y Daniel la agonía dolorosa y terrible del joven, sin poder darle alivio, con toda la desesperación de la impotencia en el alma.

A Orfilia hubo que sacarla de allí porque aquel *ó-e, ó-e, ó-e*, *ó-e, ó-e* cesante, repetido, fatigoso, que acompañaba cada espiración, aquel *ó-e* que había persistido en su voz, ya incapaz de pronunciar el *no sé* que le diera origen, le martilleaba en el oído, en el cerebro, haciéndoselo vibrar dolorosamente con su golpeteo obstinado; y ahora creía oír siempre aquel *ó-e, ó-e* exhalado á cada espiración, aún hallándose lejos de su hermano, en los fondos de la casa, en todas partes.

Entre tanto, en el espacio seguían estallando los marciales y entusiastas acordes del toque de tropa repetido por la banda, en la tarde del glorioso día otoño que empezaba á descender.

Y Daniel, de pie frente á la ventana, escuchando por una parte aquellos sonos alegres y por otra la angustiada y desesperada respiración de Mario, que continuaba su ondulación de crecimiento y descenso; mirando aquel rostro cadavérico sombreado por transparencias violáceas en las alas de la nariz, en los labios y en los párpados hinchados, recordaba la tarde en que Mario, tan lleno de alientos, tan ardoroso al empezar la carrera, como acariciada la frente joven por auras de un porvenir de luz, expusiera con su centellante elocuencia de iluminado aquellos ideales que se iban tan lejos, en su eterno afán de espacio que parecía sólo satisfacerse en la región de la fantasía en que todo puede ser grande y bello mirado á través de la imaginación, ese inmenso prisma que tiene una faceta para cada deseo.

¡Con qué tristeza recordó sus palabras entusiastas, llenas de fe en la misión de la juventud, al mirarle ahora caída la cabeza ya sin pensamientos, pálida y manchada de color vinoso, sobre la ola de cabellos negros que le servían de almohada, aspirando, horrible en su impotencia desesperada, las últimas bocanadas de aire!

—¿Para qué amo? había dicho entonces. Para gozar de la vida, porque somos jóvenes! Luego terminará esto de algún modo, pero entre tanto, gozemos del amor, de la juventud, de la vida, en una palabra!

Aquello había terminado mal; sin llegar á tocar aquel ensueño había caído vencido, herido precisamente en el corazón, herido por la áspera realidad que no quisiera reconocer.

Dos días atrás ya no sentía dentro de sí aquel órgano dilatado, hecho más grande como quiso siempre serlo. Quizá ya no estaba realmente allí.

Entre aquellas dos fuerzas que le combatieran incesantemente; una ansia de amor insaciable y un sentimiento del amor propio, de la altivez, exagerado hasta la locura, lo habían deshecho, y pronto iba á sonar el último latido.

Seguía aferrado al colchón, sosteniéndose con los brazos enarcados, aspirando con angustia infinita el aire que le faltaba cada vez más, siempre creciendo

en amplitud las horribles inspiraciones, alargándose hasta hacerse inmensas en la cúspide, para descender luego apresurándose, abreviándose entrecortadas, rápidas, perdidas por fin en un silencio pavoroso.

En medio de la fatiga desesperante con que la repetición de este esfuerzo impotente le oprimía el pecho, Daniel no cesó mirar aquella cara perlada de sudor frío que Isabel seguía secando, aquel rostro angustiado en que la pupila con un movimiento de ansiedad suprema, de súplica infinita, se había perdido allá arriba, mirando al cielo, casi oculta por los párpados traslucidos, dejando en las órbitas dos globos blancos, vidriosos y húmedos, mientras dos gruesas lágrimas, transparentes y cristalinas se deslizaban en los pómulos violáceos.

Perseguido por el bronquido ansioso de aquella respiración que crecía en ansiedad hasta lo infinito para descender luego hasta la nada; por aquella cara desfigurada en que la pupila perdida entre los párpados transparentes pedía con tanta angustia suprema al cielo calma, ó muerte; por aquel llanto postero de los ojos muertos, quiso salir un momento para dejar de ver todo eso, el cuerpo sostenido por los miembros crispados, el pecho como fuelle cansado, la cabeza caída sobre la oleada negra de los hermosos cabellos; pero Isabel lo detuvo, presa de mortal inquietud.

El justificó aquella cobardía de un instante, aquel momento de debilidad del alma, con la llegada de alguien á la pieza contigua.

Era Marcela que se acercaba tímida y temerosa á ver qué era ya del pobre niño Mario.

En la casi obscuridad de la pieza olvidada se detuvo sin decidirse á entrar, asustada por aquel bronquido creciente que llegaba hasta ella.

Luego, después de un silencio pavoroso, sintió en el cuarto del enfermo ruido de pasos apresurados, choque de frascos, esos ruidos sordos que dan miedo, y por último un grito terrible, estridente:

—¡Mario, Mario! ¡Hijo de mi alma!...

Se precipitó hácia la pieza, helada, con los cabellos grises erizados.

Anochea.

FIN

## CAFÉ NINE PINS

Espléndidos almuerzos á 40 centésimos. Comidas á 50 centésimos.

Servicio á la carta á 6 centésimos el plato! Jueves y Domingos platos especiales.

Servicio á todas horas.

Dirección de cocina á cargo del maestro italiano D. Francisco Fortunato, hombre famoso si los hay.

Servicio esmerado en salones particulares.

